



Capítulo 25

Carmine, el tercer hijo del duque Komalon, llevaba una semana de muy mal humor.

Aunque la reciente ruptura de su compromiso era parte del motivo, lo que realmente le molestaba era el conde Palatio.

En el último banquete, intentó aliviar su estrés enfrentándose al conde Palatio, pero acabó siendo humillado públicamente.

Por supuesto, todo fue culpa de Carmine.

Si no hubiera hecho comentarios inapropiados sobre la apariencia de otra noble, las conversaciones sobre el compromiso habrían ido sobre ruedas.

Y si no hubiera provocado al conde Palatio, no habría sufrido tal desgracia.

Sin embargo, Carmine había olvidado por completo que él había instigado el conflicto.

Solo se centraba en la humillación que había sufrido, repitiendo el incidente una y otra vez en su mente.

Era la primera vez en su vida que experimentaba tal vergüenza.

Después de todo, como hijo del duque Komalon, uno de los pilares del reino, nunca antes había sufrido tal humillación, y aquel momento había dejado una profunda huella en su memoria.

Durante unos diez días, Carmine solía rechinar los dientes mientras recordaba el suceso.

Tan pronto como llegó a la finca Komalon, habló, como si hubiera tomado una decisión.

Configuración de privacidad

«Hola».

«¿Sí, joven?»

«¿Adónde dijo ese bastardo que iba?».

«Lo último que supe es que el conde Palatio tenía algunos asuntos que atender en Caliban...».

Sin esperar a que el caballero terminara, Carmine se apresuró a entrar en su habitación y abrió un cajón del escritorio.

Dentro había numerosas bolas de cristal.

Cogió la que estaba en el extremo derecho e inmediatamente sacó una piedra mágica de su bolsillo, acercándola a la bola de cristal.

Cuando el cristal comenzó a brillar intensamente, el tiempo pasó y la luz empezó a atenuarse.



[¡Vaya, si es mi amigo Carmine!]

Una voz salió del cristal.

«Iré directo al grano. Necesito tu ayuda».

Carmine habló mientras sostenía el cristal mágico.

[¿Hmm? ¿Necesitas ayuda? ¿Con qué?]

«El conde Palatio. Probablemente ya esté de camino. Necesito que te ocupes de él».

[¿Qué me ocupe de él? ¿Te refieres al conde Palatio?]

La persona al otro lado, confundida por la situación, volvió a preguntar.

«No tienes que matarlo. Solo déjalo medio muerto».

Hubo un breve silencio por parte del hombre del cristal antes de que hablara.

[Aun así, eso es un poco...]

«Te daré cinco».

[...¿Qué?]



«Si te ocupas de él, te daré cinco más. Los necesitas, ¿verdad? Para hacerte más fuerte».

[Ja...]

El hombre del cristal soltó una risa seca ante las palabras de Carmine.

[¿En serio? ¿Puedes conseguirme cinco de esos?]

«Si haces bien tu trabajo, no hay problema».

El hombre del cristal permaneció en silencio durante un momento.

«Puedes hacerlo, ¿verdad?».

[Ja...]

Entonces, como si le divirtiera, el hombre soltó una risita.

[Amigo mío, me conoces demasiado bien. ¡Siempre sabes exactamente cómo llegar a mí!]

«¿Vas a hacerlo o no?»

Configuración de privacidad

[Solo tengo que cuidar de él, ¿verdad?]



«Sí. De la forma más brutal posible».

[Vaya, debe de haberte cabreado mucho para pedirte tanto. De todos modos, entendido. Me encargaré de ello y te llamaré cuando esté hecho].

Con esas palabras, la comunicación terminó.

La sala quedó en silencio, como si la conversación que acababa de tener lugar nunca hubiera ocurrido.

Pero había una diferencia.

Una sonrisa astuta se dibujó en el rostro de Carmine.

«¿De verdad pensaba que lo iba a dejar ir después de humillarme públicamente?».

Ese era el único pensamiento que ocupaba su mente.

«¿Ya llegamos por fin?»

«Eso parece».

Habían pasado unas dos semanas desde que Alon conociera a Eliban, el protagonista de este mundo.



Contemplando la capital de Kirdam en la distancia, Alon desvió la mirada hacia la parte trasera del carro.

Allí se encontraban varios regalos, todos destinados a Deus, la persona con la que estaban a punto de reunirse.

—Uf, estoy agotado —bostezó Evan a su lado, claramente cansado mientras echaba un vistazo a los regalos.

Alon también sentía el cansancio, tal y como decía Evan.

«Los viajes largos siempre son agotadores».

«... Habría sido mucho más tranquilo si no hubiéramos ido a ese lugar laberíntico».

Su cansancio no solo se debía al largo viaje, sino también a que Alon había hecho varias paradas durante la semana anterior.

«Era necesario».

Esa fue la única respuesta de Alon a Evan.

En realidad, la razón por la que habían hecho todas esas paradas de camino a Caliban era para prepararse para la próxima batalla con el Dios Exterior.

El collar en forma de loto que ahora colgaba del cuello de Alon, y que no estaba allí hace dos semanas, formaba parte de esos preparativos.



Ignorando la mirada de Evan, Alon cambió de tema.

—Deus ha regresado de su expedición, ¿verdad?

«Sí, debería estar aquí».

Alon se quedó en silencio un momento antes de preguntar: «... Se reunirá conmigo, ¿verdad?».

«Estoy seguro de que lo hará», respondió Evan, aunque Alon seguía un poco escéptico.

«No se trata solo de conocerlo... el verdadero reto es conseguir que acepte mi petición...».

Configuración de privacidad

Alon había proporcionado a Deus un gran apoyo financiero a lo largo de los años e incluso lo había salvado de lo que podría haber sido una situación desastrosa.

En términos de causa y efecto puros, Alon se encontraba sin duda en la posición de benefactor.

Pero, siendo realistas, desde la perspectiva de Deus, Alon probablemente no era más que una persona anónima que había gastado generosamente su dinero para ayudarlo desde la distancia.



Después de todo, Alon nunca había conocido a Deus en persona.

Sin ninguna interacción directa, era difícil esperar una verdadera cercanía, así que ahora que por fin estaba en Kirdam, Alon no podía evitar sentirse un poco ansioso.

«Solo puedo esperar que los regalos lo convengan».

Mientras Alon reflexionaba sobre sus pensamientos, finalmente llegaron a la puerta norte de Kirdam, donde se unieron a la fila para la inspección, como cualquier otro viajero que entraba en la capital.

Aunque era un noble del reino de Asteria, cuando viajaba al extranjero, las inspecciones eran obligatorias para todos.

Tras explicar brevemente su identidad al soldado que realizaba la inspección, Alon esperó a que Evan terminara mientras la fila de carruajes avanzaba lentamente.

—¿Disculpe, conde?

«¿Sí?»

«Parece que hay un pequeño problema».

Evan asomó la cabeza al interior del carro y habló, lo que hizo que Alon inclinara la cabeza, confundido. Asintió ligeramente y bajó del carro, donde fue recibido por un caballero con una expresión excesivamente segura de sí mismo.



El caballero tenía el pelo rojo y un escudo con un león en el pecho, y desprendía un aire de arrogancia. Mientras Alon lo miraba con curiosidad, el caballero habló.

«¿Es usted el conde Palatio?».

«Así es».

Aunque nunca se habían visto, el caballero le hablaba de manera informal, como si las expresiones faciales en este mundo de fantasía fueran suficientes para revelar la personalidad de una persona.

Mientras Alon respondía, Evan se inclinó para susurrarle al oído.

«Ese caballero parece ser un discípulo de Fiola».

«... ¿Fiola?».

«Sí, ya sabes, la Cuarta Espada».

Ante las palabras de Evan, Alon finalmente dejó escapar un murmullo de comprensión.

A Alon le vino a la mente una maestra caballero conocida como la Cuarta Espada, Fiola, y aunque asintió con la cabeza, seguía con expresión de desconcierto.

«Entonces, ¿por qué está aquí el discípulo de la Cuarta Espada? ... ¿Y con todo un grupo de caballeros?».

Alon miró a su alrededor y vio a varios caballeros que llevaban el mismo escudo con el león que Fiola.

«... ¿Qué asunto tienes conmigo?».

Volviéndose hacia el discípulo de Fiola, Alon preguntó. El caballero, que había estado caminando tranquilamente hacia él con una sonrisa burlona, finalmente se presentó.

Configuración de privacidad

«En primer lugar, soy Vilan, discípulo directo de Sir Fiola».

«¿Y?».

«He oído que mi amigo te debe una pequeña deuda».

«¿Amigo?».

Cuando Alon le preguntó, Vilan sonrió y continuó.

«Sí, un amigo».

«No recuerdo tener ningún contacto importante aquí en Caliban».

«Mi amigo tampoco tiene ningún vínculo particular con Caliban. Es del reino de Ashtalon».

Al oír esas palabras, Alon murmuró instintivamente: «¿El reino de Ashtalon...? ¿Eh?».

Pero entonces lo recordó rápidamente y dejó escapar un suspiro de comprensión.

«... ¿Carmine?».

«Así es, lo recuerdas. Él se puso en contacto conmigo».

Al oír las palabras de Vilan, Alon no pudo ocultar su incredulidad.

«¡Espera, yo no le hice nada a ese tipo! ... Espera, ¿cuánto tiempo ha pasado? ¿Unas semanas?»

Por un momento, Alon quedó impresionado por el insignificante matón Carmine, que acudió corriendo a sus amigos para quejarse en poco más de dos semanas.

«También le debo un poco, así que al menos tengo que hacer acto de presencia».

«¿Así que has estado esperando aquí todo este tiempo solo para hacer esa aparición?».

«Para ser exactos, he estado esperando noticias. Todos los carruajes del Reino de Asteria pasan por esta puerta».



Alon sintió una oleada de mareo ante las indiferentes palabras de Vilan, como si se disculpara por las molestias, pero sin sentirlo realmente.

Aunque la influencia de la nobleza disminuye significativamente en tierras extranjeras, no era hasta el punto de que se tratara a alguien así en las puertas.

«Entonces, ¿cuál es tu plan?».

«Te daré dos opciones. Esos bienes de aspecto valioso que hay en tu carroaje... ¿Qué tal si nos los regalas todos?».

«¿Y la otra opción?».

«Pasar unas tres semanas en el calabozo subterráneo».

«... Sabes muy bien que soy un noble de otro país, ¿verdad?».

preguntó Alon, sabiendo que encarcelar a un noble extranjero sin motivo causaría sin duda problemas.

«Soy el único discípulo directo de Sir Fiola».

Las siguientes palabras de Vilan dejaron a Alon estupefacto.

Lo que Vilan estaba diciendo en esencia era: «Puedo causar un alboroto y, debido a mi estatus, no enfrentaré ninguna consecuencia».



Lo ridículo era que la afirmación de Vilan tenía algo de cierto. Aquí, Alon no era más que un noble extranjero, pero Vilan era el único discípulo directo de un maestro caballero.

Configuración de privacidad

«Increíble, las aves del mismo plumaje realmente vuelan juntas».

Alon suspiró, dándose cuenta de que este grupo de matones encajaban perfectamente entre sí. Justo cuando Alon suspiró, Vilan esbozó una sonrisa maliciosa.

«Pero, para ser sincero, elijas la opción que elijas, el resultado será el mismo».

Vilan le dio un ligero golpecito en el estómago a Alon con la empuñadura de su espada.

«Después de todo, mi amigo solo pidió una cosa».

Vilan amenazó a Alon con indiferencia.

Evan, que había permanecido en silencio hasta ese momento, comenzó a fruncir el ceño lentamente. Instintivamente, buscó la espada que llevaba en la cintura cuando...

—¡Eh, eh!

Una voz llamó desde atrás, haciendo que tanto Alon como Vilan giraran la cabeza.



Allí, Alon lo vio.

«¿Deus Macallian...?»

Vestido con una armadura de hierro negro y con una expresión fría, Deus caminaba hacia ellos.

En el momento en que apareció, la atmósfera en la puerta se volvió pesada, como si el aire mismo se hubiera vuelto más denso.

A pesar de que solo se trataba de una persona, los soldados enderezaron la postura y abrieron los ojos con sorpresa. Incluso los caballeros, que momentos antes tenían una expresión relajada, ahora se mantenían erguidos, con el rostro tenso.

«¡Atención!».

Los soldados, que habían estado observando la situación con indiferencia, levantaron inmediatamente sus espadas en señal de saludo al ver a Deus, pero él no les dirigió ni una mirada.

«¡Saludamos a la Gran Espada!».

Los caballeros del grupo de Vilan, «Yuzon», gritaron con reverencia, pero Deus también los ignoró.

En cambio, se dirigió directamente hacia Alon.



Al ver esto, Vilan retiró apresuradamente la espada que había apuntado a Alon, tratando de hablar, pero...

¡Crash!

«¡Ay!»

La mano de Deus se extendió y agarró a Vilan por el cuello.

«¡¿Qué...?!»

Vilan rápidamente tomó la mano de Deus en señal de protesta, pero...

«¿Qué crees que estás haciendo?».

Ante esas frías palabras, el rostro de Vilan palideció mientras luchaba por respirar, con los ojos muy abiertos por el miedo.

«¿Cómo te atreves a ponerle la mano encima a mi benefactor?».